

Editorial educere

EDUCERE: PALABRAS PARA TIEMPOS DE CRISIS

DIEGO ROJAS AJMAD

Consejo de Redacción Educere



Cuando el humano descubrió que su lenguaje era distinto a la realidad del mundo, cuando se percató de que la palabra y la cosa pueden ser distintas la una de la otra –que la palabra “rosa” no era la rosa misma– en ese mismo instante la humanidad se hizo dueña de sí y certificó la muerte de Dios para usurpar su lugar y convertirse así en el nuevo dueño de lo posible e imposible.

Antaño la palabra era, como lo dijo el viejo Cratilo, la cosa misma dicha. Así, la palabra tenía la virtud de ser mágica y podía servir de hechizo y conjuro, permitiendo alcanzar la salud, el dinero y el amor. La palabra también era aval de honor pues, exhalada en la solemnidad de los caballeros, significaba el sujeto mismo y sus deseos. Para entonces, *logo* y *ergo* –discurso y realidad– eran dos caras de una misma moneda. Era impensable suponer que la palabra no tuviera una relación “necesaria” con la realidad que señalaba, razón por la cual el lenguaje tenía la facultad de poderes sobrenaturales:

“Antes de ser signo de un pensamiento, la palabra fue instrumento de una voluntad. Era una fuerza independiente, alada, capaz de herir, de matar, de llevar la desolación a las ciudades, de agostar los campos, de mover hombres, cosas, fuerzas naturales, y hasta de gobernar a los dioses y a los muertos. Había palabras de inmenso poder ante cuyo imperio nada ni nadie podía sustraerse.

Entre ellas, las de bendición y maldición”; había dicho Ángel Rosenblat.

Era la época del “sentido mágico de la palabra” –de las “sociedades encantadas”, diría Max Weber– durante la cual la representación era en esencia la cosa representada, idea que aún persiste en ciertas tribus, al temer dejarse fotografiar por creer que en esa representación se llevan su propia alma.

Pero los tiempos cambian, y la palabra puede ahora ser representación de lo real y de lo imaginario a la vez, de lo coherente e incoherente, de lo uno y lo diverso. Esa dualidad entre verdad y mentira del discurso ha agrietado las instituciones, ha oxidado las palabras y las ha convertido en lochas inservibles. Cecilio Acosta, como signo de estos nuevos paradigmas, se quejaba en 1847 de que la palabra “pueblo” se usaba indistintamente por uno y otro bando de la sociedad, gobierno u oposición, prestamista o latifundista, militar o político, para alcanzar sus objetivos deseados.

El lenguaje deja así de ser referencia confiable: “dar la palabra” es ahora trueque absurdo que merece la risa como respuesta. En esta orientación, si eso que llamamos nuestro mundo es una interpretación cultural, y como tal poética y metafórica, en donde el lenguaje es constructor de la realidad, entonces el origen de los resquebrajamientos sociales, políticos, económicos y culturales del mundo tienen su acento en el lenguaje.

Esta fractura entre realidad y lenguaje, como vimos,

vino a acicatear nuestras mentes y cuestionarnos acerca de la posibilidad de que la tan mentada Verdad, custodiada tanto por la fe como por la razón, no fuera sino un relato más de los tantos posibles. Si el mundo es una quimera, y si el mismo lenguaje que lo nombra es, como diría Roland Barthes, “el objeto de una visión, análoga a la de las esferas celestes en el Sueño de Escipión, o próxima a las representaciones moleculares de que se sirven los químicos”, caemos entonces en el horror del abismo.

Si se asume la concepción del mundo como mundo construido y, en particular, como mundo apalabrado, entonces es posible construir nuevos mundos alterando el lenguaje, mutando su léxico. Idea ésta de reformar al mundo por medio del lenguaje que tiene sus promotores en Confucio, Heidegger, Wittgenstein, Kraus, Rafael Cadenas, Ángel Rosenblat y en todo verdadero poeta.

La esencia de la educación debe ser esa: la de enseñar a las mujeres y hombres que el mundo cabe en una palabra, y que ella puede llegar a convertirlo en Paraíso o Infierno. La educación así entendida, dadora de lenguajes, ofrece entonces posibilidades para transformar nuestra realidad con sólo pensar al mundo.

En estos tiempos de conflictividad social por los que atraviesa nuestro país, el “diálogo” ha sido la bandera enarbolada constantemente por los sectores del gobierno y de la oposición que anhelan soluciones justas y democráticas. Están en toda la razón: “diálogo”, confrontación de discursos, no es sino la tarea de dar a cada palabra su justo lugar para preparar el contrato social que ordene la vida pública.

Especularmente, hace dos mil quinientos años un discípulo de Confucio le preguntó a éste:

-El Príncipe de Wei se propone confiaros el gobierno. ¿Cuál sería la primera medida que tomaría el Maestro?

Confucio respondió:

-Restablecer la significación verdadera de los nombres.

El discípulo continuó:

-¿Cuál sería el principio del buen gobierno?

El maestro dijo:

-Que el Príncipe sea Príncipe; el ministro, ministro; el padre, padre; y el hijo, hijo.

Es decir, volver a la adecuación entre palabra y cosa para que, en un mismo lenguaje, construyamos la sociedad que queremos.

Reflexionar sobre la educación como ejercicio para transformar realidades ha sido una de las intenciones que la revista Educere, la revista venezolana de educación, ha contemplado desde sus primeros números. Hoy, al llegar

Educere ininterrumpidamente al número 19 en el transcurso de cinco años –hecho extraordinario si se toma en cuenta la experiencia promedio de las publicaciones periódicas universitarias–, se reafirma una vez más la preocupación por su director Pedro Rivas de mantener la calidad gráfica y de contenido que han permitido conquistar el apoyo de sus lectores. Esto lo demuestra la lista de colaboradores que se presenta en este número. En la sección arbitrada Artículos, por ejemplo, Stella Serrano (ULA, Mérida) nos ofrece “La evaluación y su función reguladora del aprendizaje. Dimensiones y prácticas innovadoras”; Carlos Sánchez (Médico pediatra, Mérida) presenta “La escuela, el fracaso escolar y la lectura”; Armando Santiago Rivera (ULA, Táchira) muestra un trabajo novedoso titulado “La geografía de la televisión y la enseñanza de la geografía”; Johann Pirela Morillo y Jenny Ocando Medina (LUZ, Zulia), “El desarrollo de actitudes hacia el conocimiento y la investigación desde la biblioteca escolar”; Luis Ángel Peña Rosales (ULA, Trujillo), trae “Globalización y educación”; Carmen Minerva Torres (ULA, Trujillo), “El juego: una estrategia importante”. En la sección de Investigación, por su parte, Educere ofrece artículos como los de Nacarid Rodríguez (UCV, Caracas), “Prioridades de investigación educativa”; Marianela García y Pablo Peña (ULA, Trujillo), “Los diálogos en las clases de matemática”; Oscar Morales (ULA, Mérida), “Actualización docente y cambios en las concepciones teóricas sobre el aprendizaje de la lectura y escritura sobre docentes de la escuela básica” y Miriam Mavárez (UCLA, Barquisimeto), “La teoría de acción en el Programa Formación Docente de la Universidad Lisandro Alvarado de Barquisimeto”.

En la sección Perspectiva de Género, María Susana Campo-Redondo (LUZ, Zulia) nos trae “El componente afectivo-experiencial en el aprendizaje del abordaje de la violencia intrafamiliar: una descripción de caso”. La sección de Tránsito ofrece a los lectores un artículo de los psicólogos Vladimir y María Gessen titulado “Programación neurolingüística”.

Este número 19 de Educere cierra sus páginas con la sección Controversia, en donde se presenta el texto “El día después. Venezuela: un golpe mediático”, de Luis Britto García, crónica que revive los angustiantes momentos del golpe de Estado perpetrado en Venezuela el 11 de abril del año 2002, y la participación de los medios de comunicación en el mismo.

Como puede verse, un variado y atrayente conjunto de temas, el cual esperamos despierte su interés. **E**